

Otras conmemoraciones: Museo Anahuacalli, Museo de Arte Moderno, Museo de Historia Natural y Museo de la Ciudad de México

Miriam Kaiser*

Año de museos cincuentenarios. Feliz acontecimiento que nos permite hablar de un antes y un después en el mundo de la cultura mexicana. En este artículo abordaré los museos pertenecientes a distintas instituciones que merecen ser incluidos en este número de *GACETA DE MUSEOS*, ya que participaron de la “fiesta de inauguraciones” que se llevó a cabo a partir de la segunda semana de septiembre y hasta octubre de 1964, durante los últimos meses del gobierno de Adolfo López Mateos (1958-1964).

Se trata de recintos museísticos con variadas vocaciones que, desde sus inicios, proporcionaron los servicios que les corresponden y formaron parte integral del amplio grupo de museos de la ciudad de México.

MUSEO ANAHUACALLI

Quizá sea el museo más *sui generis* que se conozca en nuestro país. Se trata de un espacio que pretendió ser, como lo concibieron Frida Kahlo y Diego Rivera, un gran centro cultural, “una ciudad de la cultura”; un espacio para que todo mundo tuviera acceso a manifestaciones culturales de todo tipo, además del museo, que albergara una muestra de su vasta colección de objetos prehispánicos y para el cual Rivera diseñó un edificio tipo pirámide.

El proyecto comenzó en la década de 1940; los Rivera habían adquirido esas tierras en el pueblo llamado Pedregal de Tepetlapa, al sur de la ciudad, donde instalaron en un principio un rancho para gallinas, un establo, algunas siembras. La inquietud de ofrecer a los mexicanos espacios culturales también la tuvo el Dr. Atl, quien también acariciaba la idea de establecer centros de arte y cultura en varias ciudades del país, pero no fructificó.

Tampoco tuvo éxito otra idea de este insigne artista, que presentó al presidente Manuel Ávila Camacho (1940-1946), al que le sugirió instalar las importantes obras prehispánicas que se encontraban en el entonces Museo Nacional de Arqueolo-

gía, Historia y Etnografía a lo largo y ancho del Bosque de Chapultepec, a fin de que el pueblo de México las disfrutara.

Diego Rivera sí logró su propósito, aunque no lo vio terminado; sin embargo, dejó todo lo necesario para ello. Mediante su estrecha relación de amistad –de complicidad, por decirlo de manera más clara– con el arquitecto, pintor y muralista Juan O’Gorman, así como con la intervención de la hija del pintor, Ruth Rivera, ingeniera-arquitecta por el Instituto Politécnico Nacional, se llevó a cabo la construcción de ese edificio, donde se muestran los objetos prehispánicos, con la intención de exhibirlos en el entorno idóneo.

Según las palabras de O’Gorman, tomadas de *Cuadernos de Arquitectura* (INBA, 1964):

Dentro del panorama general de la falta de arquitectura en México se destacan dos obras pensadas, proyectadas y construidas por Diego Rivera. La primera es un edificio monumental, aunque pequeño, de proporciones extraordinarias, construido en el Pedregal de San Pablo Tepetlapa, para albergar la maravillosa colección de escultura antigua mexicana que con tanto cuidado, costo y placer ha logrado reunir este maestro mexicano, y que piensa regalar al pueblo de México. La otra es una pequeña casa de habitación con un estudio que hizo para su esposa Frida en las calles de Allende en Coyoacán. A mi juicio es un hecho muy importante el que, dentro del caos existente, este gran pintor haya aplicado su talento a la arquitectura, logrando hacer edificios que, además de servir convenientemente a su función, produzcan por sus proporciones, por los materiales empleados, por su forma y color una emoción estética extraordinaria [...]

Vemos aquí al productor de arte que es arquitecto en sus pinturas y pintor en sus composiciones arquitectónicas, al hombre que maneja las formas plásticas ya sea por medio de volúmenes construidos o por superficies pintadas, pero cuya finalidad en ambos casos es la de producir el placer estético, necesario para la vida humana. A mi modo de ver estas dos construcciones que ha



Construcción del Anahuacalli con Diego Rivera, ca. 1963-1964 **Fotografía** © Archivo Diego Rivera y Frida Kahlo, Banco de México, fiduciario en el fideicomiso relativo a los museos Diego Rivera y Frida Kahlo

levantado Diego Rivera con sus propios recursos tienen, además de su belleza, la importancia de reivindicar el verdadero valor de la arquitectura como arte plástico y demostrar la dirección que debe seguir en el futuro la arquitectura verdaderamente regional y por lo tanto verdaderamente mexicana, lo que le dará el valor universal del que carece totalmente la que ahora se construye en México, o sea la llamada colonial o internacional, cuyo funcionalismo consiste a menudo en el empleo de los miembros estructurales como ornamentación, es decir, funcionalismo sin función.

Estos párrafos no pueden ser más elocuentes; en ellos se concentra el pensamiento riguroso de un artista que, como bien se sabe, además de su vastísima obra mural y pictórica tuvo diversas facetas e intereses intelectuales: la arquitectura, el coleccionismo –sobre todo de objetos prehispánicos de las diferentes culturas mesoamericanas–, sus conocimientos sobre ciencia, el mundo prehispánico por medio de infinitas lecturas, sus constantes visitas a los sitios patrimoniales a lo largo y ancho del país, por sólo nombrar unos cuantos.

Cabe destacar el diseño interior del Anahuacalli; además de las decoraciones en piedras de colores, nos encontramos con una serie de galerías conformadas por nichos, unos más

grandes que otros, para instalar un objeto o varios de una misma “familia”. En la parte central apreciamos un salón de grandes dimensiones, donde se instalaría una pintura mural, sus caballetes, objetos varios, a manera del estudio de artista.

Hasta aquí sólo hemos mencionado al Anahuacalli. Sin embargo, Diego Rivera concibió una “ciudad de las artes” en ese inmenso terreno. Él quería conjuntar a todas las artes mediante talleres e invitar a todos los grupos étnicos para que exhibieran sus artesanías, que siempre fueron parte fundamental en la familia Kahlo-Rivera, como se demuestra en su obra, en sus casas, en su cotidianidad, además de hacer presentes sus costumbres, sus festividades, sus danzas.

Allí se construiría una serie de instalaciones para presentar teatro, danza, literatura, arquitectura, las artes plásticas y cuanto se relacionara con las manifestaciones culturales. Cuando fue inaugurado el Anahuacalli, en septiembre de 1964 –con la presencia del presidente Adolfo López Mateos, un cuantioso público conformado por el pueblo de San Pablo Tepetlapa y las personalidades del mundo cultural, artístico y político de México–, aún no estaban construidas las instalaciones para albergar “la ciudad de las artes”, y lo que principalmente se visitó por muchos años fue, naturalmente, el museo, con los objetos prehispánicos que había instalado

el poeta Carlos Pellicer, amigo de Diego, así como la gran sala convertida en un estudio del pintor.

En el edificio adyacente se presentó cada año el altar de muertos dedicado a Diego. Era una enorme instalación realizada por Dolores Olmedo, presidenta del Fideicomiso Diego Rivera-Frida Kahlo y gran coleccionista de su obra. Cada año maravillaba a los visitantes, porque siempre era distinto, como suelen ser estos altares que se dedican a las personas, pero con diferente enfoque.

Se conformaban tanto por los emblemáticos objetos que debía contener cada altar, como por las viandas que acostumbraba y amaba el recordado: los chivos cubiertos de chía, panes de gran tamaño que Lola (Olmedo), como así la llamaban, mandaba a hacer en un pueblo cercano; las grandes cazuelas de mole y otras con tamales de todo tipo; frutas frescas y las azucaradas elaboradas en Xochimilco, por sólo nombrar algunos de los elementos que siempre formaban parte del altar.

No faltaban las flores de compasúchil y las de color rojo oscuro o morado, como las de trébol y las “patas de león”. Es decir, estaban presentes los muy variados elementos que conforman el altar, además de presentarse ya fuera una pintura del propio Rivera o una alegoría. A éste accedían todos los días cantidades inusitadas de visitantes, que formaban largas colas para entrar. Era un espectáculo que los mexicanos y extranjeros no se podían perder.

A través de los años el Anahuacalli ha sido un foco de atención indudable en el sur de la ciudad de México e intenta, en gran medida, respetar los deseos de Diego Rivera. En esa propiedad de grandes proporciones se hace hincapié en el cuidado de la ecología; se estudia, clasifica y documenta el acervo prehispánico y, sobre todo, se presenta toda clase de manifestaciones culturales en sus diversos espacios, en forma de talleres, exposiciones de arte, diseño, danza, teatro, entre más.

Lo anterior se realiza con la intención de cumplir con la voluntad del muralista: que el pueblo de México se sienta relacionado con el sitio y lo disfrute, aprenda, se acerque y forme parte de las numerosas manifestaciones artísticas que allí se ofrecen, además de conocer su país por medio de esa vasta colección de objetos prehispánicos de todas las culturas, que con tanto amor e interés legó a su gente.

MUSEO DE ARTE MODERNO (MAM)

Desde su inauguración pertenece al Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) y aloja en sus salas una gran parte del acervo artístico del siglo xx, producido por artistas mexicanos y extranjeros. Forma parte del sistema de museos que se encuentra emplazado en la primera sección del bosque de Chapultepec; en este mismo sitio, por muchos años, existió una galería de arte, espacio donde se mostraban las expresiones artísticas de la época.



Adolfo López Mateos, Jaime Torres Bodet, Ernesto P. Uruchurtu y Ruth Rivera Marín en la inauguración del Museo de Arte de Moderno, octubre de 1964

Fotografía © Casasola, FN, Sinafo-INAH, Conaculta, México, inv. 237963

El MAM fue diseñado por el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez (véase el número 57 de **GACETA DE MUSEOS**), como uno más de los museos sugeridos por el presidente Adolfo López Mateos para abarcar todas las manifestaciones culturales: la arqueología y la etnología se presentarían en el Museo Nacional de Antropología; la época virreinal, en el Museo Nacional del Virreinato, y lo concerniente al siglo xx, en el Museo de Arte Moderno. Desde los primeros días de su inauguración, en septiembre de 1964, fue foco de atención, ya que por primera vez se presentaban en sus salas, de manera permanente y con una museografía más adecuada a la época, las colecciones estatales de arte mexicano del siglo xx que se exhibían en el Museo del Palacio de Bellas Artes.

En las salas se instalaron las obras de caballete de los maestros conocidos como muralistas: José Clemente Orozco, Diego Rivera, Dr. Atl, David Alfaro Siqueiros; otra se dedicó a la colección de obras de José María Velasco, artista que “brincó” el siglo y del que por primera vez se podía disfrutar, resaltando su maestría paisajística. El invitado a inaugurar la sala de exposiciones temporales fue Rufino Tamayo.

En suma, el museo se inauguró con una cantidad aproximada de mil obras que jamás se habrían podido exhibir en un solo espacio, y desde ese momento ofreció una panorámica de lo que significaba el arte mexicano en el contexto artístico. De inmediato, en el mismo año de 1964 se presentó —en los extensos jardines del museo— la Segunda Bienal de Escultura, cuya primera edición se llevó cabo en la Alameda Central y en el Museo del Palacio de Bellas Artes.



Construcción del Museo de Arte Moderno, 1964 **Fotografía** © Archivo Fotográfico del Museo de Arte Moderno, Conaculta, INAH

Algunas de las esculturas premiadas aún pueden apreciarse en dicho espacio. Quizá valga la pena hacer notar que en éstas ya se comenzaba a vislumbrar un cambio en la temática, pues se plegaban más a formas abstractas que todavía no estaban presentes en las salas. A ésta la siguió una tercera versión, y poco después el recinto empezó a integrarse al mundo museístico al presentar una serie de exposiciones internacionales que le dieron el contexto que México requería.

Durante estos 50 años, en el MAM se han visto las transformaciones inherentes a los tan diversos movimientos, estilos, técnicas y temáticas que registran las artes visuales en el ámbito nacional e internacional por medio de sus exposiciones —que se promueven con constancia para el público interesado—, pero también, de manera importante, a los estudiantes de las artes visuales, quienes han tenido la oportunidad de observar muestras colectivas, individuales, nacionales y extranjeras, salones de arte y bienales.

Desde sus principios el museo se enfocó en mostrar en sus salas y jardines lo referente a las expresiones artísticas que se producían en nuestro país y otras partes del mundo, pues ya contaba con el reconocimiento en las instituciones museísticas y acuerdos bilaterales que el Estado suscribía con otros países.

No hay que olvidar la labor que realizó en el extranjero desde la década de 1950 el maestro Fernando Gamboa, quien dio a conocer a los mejores exponentes del arte mexicano: desde sus joyas prehispánicas hasta los artistas del momento. Eso ayudó en gran medida a que las instituciones extranjeras tuvieran la confianza en las personas que manejaban los acervos, a cuyo cargo estaba en esos momentos el maestro Gamboa.

Desde el principio, a través de la labor de sus distintos directores y bajo la égida del INBA, el MAM tiene una fructífera labor; es natural que cada uno de ellos le haya impreso su propio carácter, por lo que la diversidad es constante. También han existido a lo largo del camino numerosas controversias, pues no se ha dado cabida a todos los artistas; en cambio estas controversias son útiles, necesarias y aleccionadoras para dar a la institución otras perspectivas.

Vale la pena recordar las muestras internacionales sobre el surrealismo, ese movimiento europeo de trascendencia. México tuvo la suerte de recibir a una serie de sus exponentes que, debido a la Segunda Guerra Mundial, se afincaron en este país y al cabo de un tiempo expusieron sus obras en el museo.

En una época posterior se presentaron varias exposiciones internacionales relacionadas con dicho movimiento. Hoy son



Vestibulo principal del Museo de Arte Moderno, 2013 **Fotografía** © Gliserio Castañeda, CNME-INAH

notables, entre otras, las más de 30 obras de la artista española Remedios Varo que fueron donadas a México para el MAM y que de manera constante se encuentran presentes en sus salas.

La fotografía, en un principio, se exhibía poco, pero a finales de la década de 1970 se comenzó a ver con más fuerza, cuando ya se tomaba en cuenta como arte y se apreciaban exposiciones individuales de fotografía. Asimismo aparecía el video, el videoarte y la instalación; es decir, los nuevos lenguajes empezaron a tomar su lugar en el ámbito nacional, en el campo de las artes visuales.

En 1968 se llevaron a cabo los XIX Juegos Olímpicos en México y el presidente del comité organizador fue el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez. Él convenció a las autoridades de crear y llevar a cabo una olimpiada cultural paralela a la del deporte, la misma que fue adoptada por las siguientes olimpiadas en el mundo y que se realiza hasta la fecha. Esta olimpiada cultural abarcó diversos campos artísticos como la danza, las artes plásticas, la literatura y el teatro.

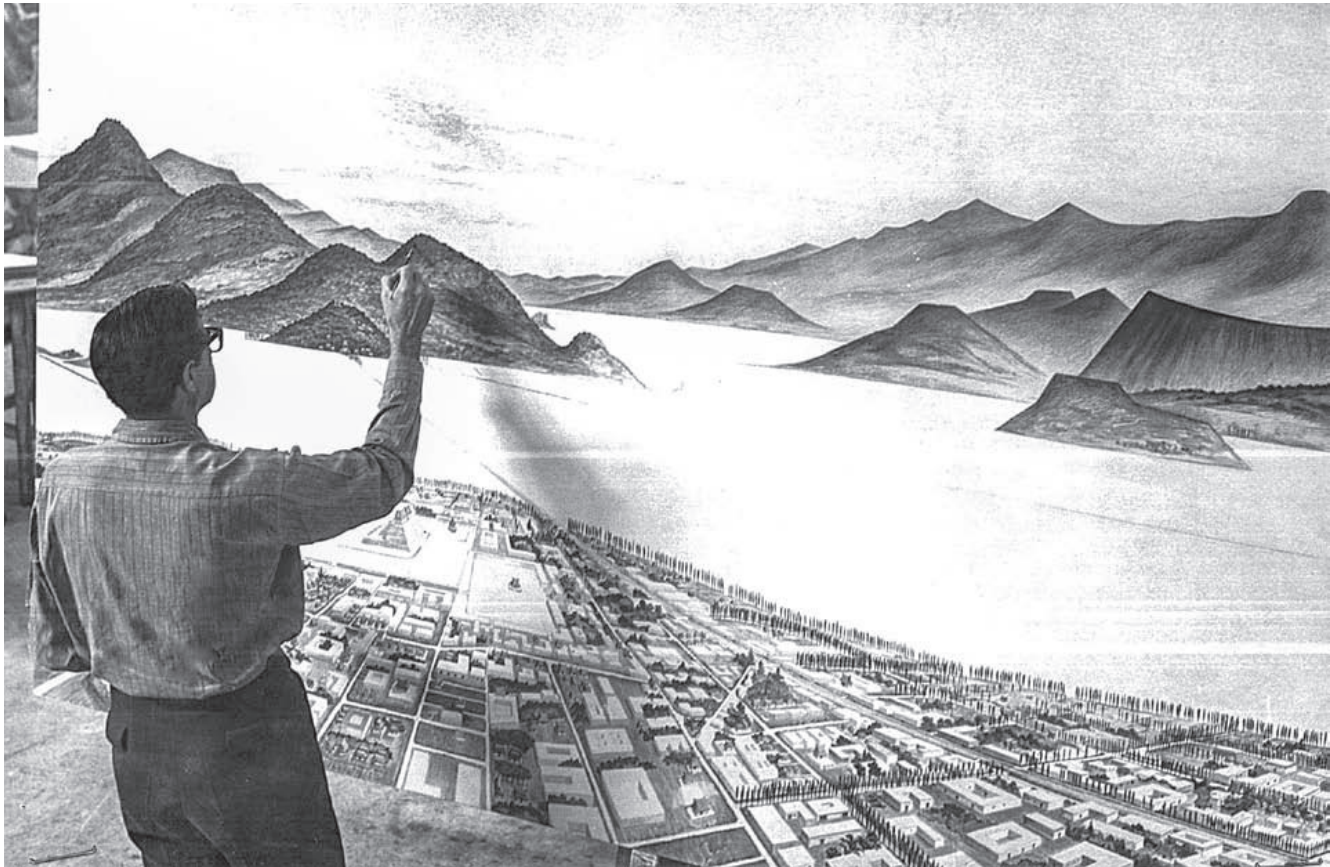
Los museos contaron con amplias muestras del quehacer artístico mundial. Su objetivo era que, además de las hazañas deportivas, los países nos trajeran sus capacidades culturales. Al museo llegaron colecciones de todo tipo: pinturas, tapices y arte cinético provenientes de varios países latino-

americanos y europeos. Notable fue la Ruta de la Amistad, que contó con esculturas de los mejores exponentes de cada país y que, aun reubicadas en distintos sitios y con sus constantes restauraciones, se aprecian hasta el día de hoy.

No se puede dejar de lado la labor paralela que se ha llevado a cabo —y que continúa— para el acrecentamiento de los acervos tanto actuales como la búsqueda de obras que hoy se contemplan como “históricas” de los grandes artistas del siglo xx para complementar las existentes. Asimismo, es necesario mencionar el trabajo de documentación y archivo con el que cuenta el museo, siempre en evolución, para comprender mejor el arte moderno; de ello deriva la producción de catálogos, folletos y libros.

La labor que se realiza en conferencias, mesas redondas y simposios que acompañan a las exposiciones es parte integral de la actividad museística, así como los numerosos talleres infantiles que se imparten. Es obvio decirlo: hay que seguir creando públicos, acercarlos al museo de manera didáctica y amena; es bello asistir una mañana y percatarse de que en los jardines se instalan mesas para que los niños trabajen.

El MAM es de y para la sociedad. Lo visita un numeroso público que de alguna manera se ha apropiado de él, por lo que la propuesta actual es estar a la altura; es decir: ofrecer a



Luis Covarrubias pintando el *Panorama del Valle de México en el siglo XVI*, Museo de la Ciudad de México, ca. 1962-1964 **Fotografía** © Museo de la Ciudad de México, Secretaría de Cultura, Gobierno del Distrito Federal

sus visitantes los más diversos programas, no sólo expositivos, sino académicos y lúdicos. Es un museo que desde hace 50 años llegó para quedarse, para asombrar, para discutir, para disfrutar.

MUSEO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Esta institución se encuentra en un edificio con una larga historia. Sus inicios se remontan al siglo XVI. Según las investigaciones, fue el propio Hernán Cortés quien otorgó el solar para la construcción de su palacete al primer dueño: Juan Gutiérrez Altamirano. Un sucesor de este personaje lo heredó a principios del XVII, Fernando Altamirano y Velasco, quien recibió el nombramiento de conde de Santiago de Calimaya, el cual todavía se usa cuando se hace referencia a este recinto.

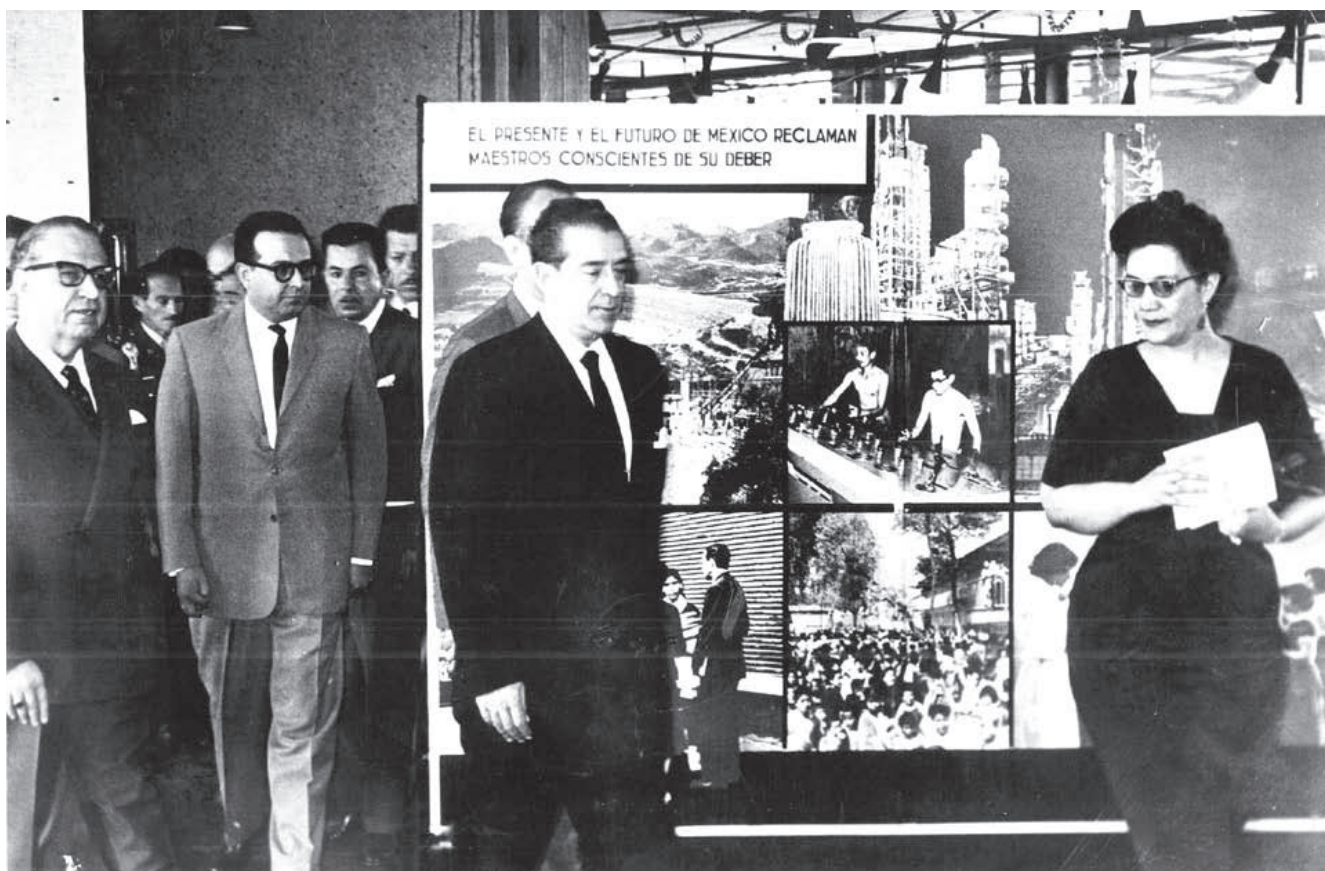
El edificio registró numerosas remodelaciones para adecuarlo tanto a las necesidades de sus habitantes como a las épocas y modas del momento; a pesar de ello conserva muchos de sus elementos antiguos: distintos escudos de armas, las gárgolas y, sobre todo, una hermosa fuente en forma de concha en el primer patio, que representa a una nereida tocando guitarra.

A finales del siglo XIX la ciudad se había expandido y este palacio quedó inmerso en la zona de actividad comercial.

Los dueños que vivían en los pisos superiores comenzaron a alquilar las habitaciones de la planta baja como espacios habitacionales y accesorias; sin embargo, poco a poco el edificio fue abandonado por los dueños.

Como las circunstancias comerciales lograron que se dedicara casi en su totalidad al alquiler, su construcción se modificó para adecuar el espacio a las necesidades inmediatas—por ejemplo, la instalación de tuberías, cables eléctricos y demás—sin respeto alguno por el inmueble. La fuente perdió su esplendor, pues a principios del siglo XX el inmueble se convirtió, como tantas otras casonas, en una vecindad que respondió a las necesidades de los habitantes de una ciudad que crecía de manera desmesurada.

A principios de la década de 1930 el gobierno federal rescató el inmueble y lo declaró patrimonio nacional. La propietaria era la familia Clausell, por lo que el pintor impresionista, Joaquín, se refugió en uno de los cuartos de la azotea y lo convirtió en su taller. Dejó sobre sus muros un gran mosaico pictórico, en forma de pequeñas pinturas que resultaron magníficas muestras y bocetos de su quehacer artístico; de esta manera las paredes del taller están cubiertas por entero con una cuadrícula de pequeñas obras de Joaquín Clausell.



Adolfo López Mateos y Pedro Ramírez Vázquez en la inauguración del Museo de la Ciudad de México, 1964 **Fotografía** © Museo de la Ciudad de México, Secretaría de Cultura, Gobierno del Distrito Federal

Sin embargo, la planta baja permaneció ocupada por talleres, habitaciones y tiendas de todo tipo hasta 1960, cuando el Departamento del Distrito Federal lo decretó como el Museo de la Ciudad de México. Al arquitecto Pedro Ramírez Vázquez se le encomendó no sólo la restauración del edificio, sino también la museografía, que consistió en una exposición de carácter didáctico sobre la ciudad de México y que fue inaugurada en el mes de octubre de 1964 por el presidente Adolfo López Mateos.

Así permaneció durante casi 30 años, convirtiéndose en un museo obsoleto y descuidado, hasta que en 1992 fue desmontado totalmente. Se tuvo la pretensión de darle usos distintos al de museo, por ejemplo, como residencia para invitados distinguidos de la ciudad o un centro de información, pero ninguno de éstos prosperó y fue en 1997 cuando se reinstaló como museo, mediante una restauración integral realizada por el arquitecto Ricardo Legorreta.

En la actualidad la vocación del Museo de la Ciudad de México es variada y acorde con los tiempos y los requerimientos de la propia ciudad: se ha tratado de crear un centro multidisciplinario con acento en lo histórico y las artes decorativas, pero también de dar voz a la cultura urbana en sus distintas acepciones. Por supuesto, donde se presenten

exposiciones de todo tipo, pero al mismo tiempo toda clase de actividades recreativas y académicas que sigan atrayendo al numeroso público con el que ya cuenta.

Debe reflejar los cambios de esta ciudad; por ejemplo, presentar y hacerse partícipe de la remodelación del barrio de La Merced, entre muchos otros. La obra de Joaquín Clausell debe estar presente, y su taller —esa joya que existe en el último piso del museo— merece ser más accesible y documentado. El arquitecto Ramírez Vázquez también será recordado con una muestra de su archivo referente a las obras realizadas en la ciudad.

El Museo de la Ciudad de México tiene un amplio programa que contempla otorgarle la vocación de museo en cuanto al estudio de su documentación, los archivos, una amplia programación variada y convertirlo en un espacio multidisciplinario como polo de atracción para dar servicio a su entorno inmediato; a ese sector de la ciudad donde confluye lo antiguo con el presente de manera normal y natural, y al que llegan diariamente miles de visitantes.

MUSEO DE HISTORIA NATURAL Y CULTURA AMBIENTAL

Otra de las facetas de la cultura que se tomó en cuenta de manera preponderante fue la ciencia. Este museo se dedicó



Estructura ósea de un mamut en el Museo Nacional de Historia Natural, en la antigua calle del Chopo, ca. 1945 **Fotografía** © Casasola, FN, Sinafo-INAH, Conaculta, México, inv. 84960

a la preservación, difusión y exhibición de las más variadas especies que abarcan las ciencias naturales. Se sabe que el estudio de las diferentes manifestaciones científicas se realiza desde los tiempos más remotos, cuyos hallazgos ya se encuentran documentados, aunque mucho falta por hacerse.

En nuestro territorio no es la excepción y se refleja de manera contundente por medio de investigaciones, textos y presentaciones físicas en las entidades que a ello se dedican. El Museo de Historia Natural, como se le conoció en sus inicios, tiene un largo camino recorrido, pues México se sumó a los aspectos científicos mundiales desde el siglo xvi.

Fue asombroso para los científicos europeos percatarse de cuánto conocían los nativos de estas tierras sobre herbolaria, botánica, astronomía; conocimientos que se tomaron en cuenta de inmediato por estudiosos del otro lado del mundo, lo que los obligó a modificar en gran medida sus propios hallazgos y que les iba abriendo las puertas para enterarse asimismo de los descubrimientos en el continente asiático. Para

ellos fue relevante conocer los códigos donde estaba escrita la información científica.

En el virreinato se abrieron cátedras impartidas por sabios españoles, jardines botánicos y la formación del Gabinete de Historia Natural, antecedente del Museo Nacional. En México el mundo de la ciencia avanzaba a pasos agigantados, mediante intercambios con investigadores de todos los continentes; se establecieron estudios, se publicaron libros, se dio a conocer la riqueza que existía en el país en este campo, poniendo en la palestra mundial a muchos de los eruditos locales.

El siglo xix, y mediante la fuerza que adquirirían los conocimientos científicos, fue el momento de clasificarlas con más acuciosidad, por lo que se abrió un capítulo especial para las ciencias naturales, las cuales incluían, según el *Catálogo del Museo de Historia Natural*, editado en el marco de la XIX Olimpiada de 1968, “a las que describen los seres que constituyen la Naturaleza y los fenómenos que en ella ocurren”, o las que tratan de “los tres reinos de la Naturaleza y describen sus pro-

ducciones". Es decir, la geología, que trata de la Tierra y de sus componentes inanimados; la botánica, que estudia las plantas o vegetales, y la zoología que trata de los animales.

A partir del gobierno de Benito Juárez se establecieron y reorganizaron numerosos centros de enseñanza media y superior, así como asociaciones donde se puso énfasis en el estudio científico en todas sus materias. Esto continuó sin detenerse, pues desde los primeros años del siglo xx la actividad científica ofreció cuantiosos resultados.

Después del inicio de la Revolución mexicana, en 1915 se crearon numerosas instituciones entre las que ya aparecía, como tal, el Museo Nacional de Historia Natural y el ya extinto Museo de Tacubaya, que dependían de la recién creada Dirección de Estudios Biológicos de la Secretaría de Agricultura y Fomento. Y hacia 1922-1923 se fundó el Parque Zoológico de Chapultepec, así como el Jardín Botánico.

En 1925 el museo pasó a depender de la Universidad, y entonces se instaló en el edificio conocido como El Chopo, que tomó su nombre de la calle donde se construyó. Allí vimos por primera vez a un dinosaurio, a las especies animales, vegetales y minerales que todo alumno debía conocer. Sin embargo, con el paso de los años este museo sufrió deterioro,

falta de espacios para el creciente acervo y la continuidad en sus investigaciones, por lo que se tomó en cuenta una modificación total en el grupo de museos a inaugurarse en 1964.

Esto se dio con cambios radicales, pues se construyó un nuevo edificio en la segunda sección del bosque de Chapultepec, donde se encuentra hasta nuestros días, y que en esa época también se amplió con el fin de albergar de manera más racional los acervos acumulados por años y colocados en el Museo del Chopo, así como sus colecciones conservadas en las bodegas y archivos respectivos.

Este museo era regido por la Dirección de Acción Social y Cultural del Departamento del Distrito Federal. El edificio se integró al paisaje del bosque mediante una arquitectura novedosa y funcional, y la instalación museológica se llevó a cabo por especialistas provenientes de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional.

Como el museo está configurado por módulos independientes, éstos se utilizaron para las temáticas que abarcan las distintas especialidades científicas, distribuidos en las siguientes salas: 1) El Universo, 2) La Tierra, 3) El origen de la vida, 4) Taxonomía, 5) Ecología de la adaptación de los seres vivos, 6) Evolución, 7) Biología, 8) El hombre y 9) Biogeo-



Niño observando una vitrina en el Museo Nacional de Historia Natural, 2006 **Fotografía** © Alexis Zurián



Exposición en el Antiquo Museo Nacional de Historia Natural, en la antigua calle del Chopo, ca. 1930 **Fotografía** © Casasola, FN, Sinafo-INAH, Conaculta, México, inv. 2496

grafía o de la distribución de los seres vivos. Además, contó con las construcciones dedicadas al taller de taxidermia, al cuidado y preservación de las colecciones, a las oficinas administrativas, a la biblioteca y a todas las áreas inherentes a los requerimientos de un museo.

En 1999 el recinto pasó a formar parte de la Secretaría del Medio Ambiente del Gobierno del Distrito Federal y adquirió un nuevo nombre: Museo de Historia Natural y Cultura Ambiental. La distribución de las áreas ha registrado cambios y adecuaciones a lo largo de estos 50 años, gracias a su grupo de investigadores y los directores al frente de esta institución.

Siempre en proceso de renovación, en la actualidad el museo se configura de la siguiente manera. Módulo de dos bóvedas: el universo, observatorio del cambio climático y sala de exposiciones temporales. Módulo de cuatro bóvedas: evolución de la vida; adaptación al medio, y origen y clasificación de los seres vivos. Módulo de tres bóvedas: evolución humana y biogeografía.

Las amplias áreas verdes que se adjudicaron al museo se utilizan con constancia para realizar las actividades educativas ambientales y de divulgación científica. Asimismo, bajo ciertas reglas, como son las solicitudes de especialistas, las colecciones se pueden visitar y estudiar; por ejemplo, las de insectos –con aproximadamente 55 000 ejemplares–, minerales, conchas y herbarias, pues se resguardan por cuestiones de espacio, estudio y conservación.

Es un museo que goza de la aceptación de los públicos que lo visitan, sobre todo para fines de estudio, recreación y conocimiento. En él se atiende a numerosos grupos escolares infantiles y juveniles no sólo de la ciudad de México, sino también provenientes de otras partes de la República.

Asimismo, conocido como el “Cárcamo de Dolores” –el mural que Diego Rivera realizó a principios de la década de 1950 y se inauguró en 1954–, es parte integral del Museo de Historia Natural y Cultura Ambiental. Se dedicó al dios Tláloc y su título verdadero es *El agua, origen de la vida en la Tierra*. Éste se concibió para conmemorar los trabajos del sistema Lerma, por medio del cual se abastecía de agua al Distrito Federal. En la actualidad, al Cárcamo de Dolores lo puede visitar el numeroso público que recibe la segunda sección del bosque de Chapultepec y sus tan diversas áreas ❖

* Investigadora independiente

GACETA DE MUSEOS agradece la amable colaboración de Hilda Trujillo Soto, directora de los museos Anahuacalli y Frida Kahlo; Sylvia Navarrete, directora del Museo de Arte Moderno, INBA; José María Espinasa, director del Museo de la Ciudad de México, y de Guadalupe Fragoso, directora del Museo de Historia Natural y Cultura Ambiental, y al personal adscrito a cada uno de estos museos, al proporcionar la información requerida para la elaboración de este texto.

Bibliografía

Cuadernos de Arquitectura, núm. 14, 1964.